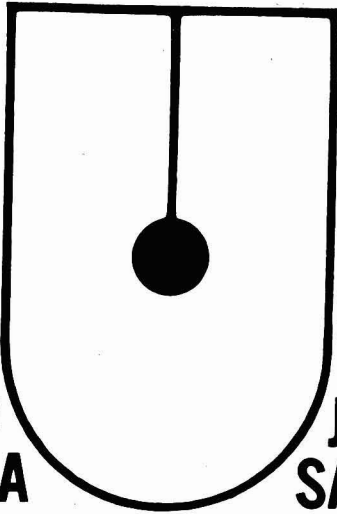




**ARTURO
AZUELA**

**N
TAL
JOSE
SALOME***

Yo no le puedo contar a usted de cuando las noches de mar eran zumbidos lejanos; nadie las conocía, nadie podía saber que más allá de la cordillera, la fatiga de los atardeceres tallaba los árboles con ruidos diferentes. Imagínese que todo estaba tirado al olvido. Desde largo tiempo, el paisaje seguía ahí, acostumbrado a la mudanza de algunos animales venidos de la llanura y a los giros noctámbulos de búhos y de murciélagos. Las noches y los días se rendían de cansancio, yendo y viniendo entre la baraúnda de la arboleda, los trajes del campo raso y el silencio de las rocas a contraluz.

A los fundadores del Rosedal, algún amargor les corría en el cuerpo. Según Josefina, primero orillaron el río, se hicieron de asombros y, cuando se alejó la noche, tantearon las ganas de quedarse. También aseguraba que traían un muerto, que antes de enterrarlo lo dejaron en buena postura al pie de un olmo. Seguramente el día se apaciguó, las cumbres relucieron sus créditos y muchas águilas hicieron rueda en las alturas. Poco a poco, dejaron las dudas de lado y les entró la calidad de ser dueños de algún rincón del terreno y, sobre todo, de algunos puñados del bosque. Muchos se fueron y los allegados al cadáver se quedaron viendo y viendo el campo de afuera y el azulear de arriba. Entonces decidieron el lugar del camposanto y, como decía Matilde, el Rosedal nació en el momento en que sepultaron al difunto. A mi manera de entender, yo creo que así nacen estos caseríos, con gente cansada de tantos chicoteos, andando a la deriva, sin raíces en tierra y nubes.

En fin, ya le iré contando muchos pormenores, todos ellos muy deshulvanados, grises y de pocos ruidos. No creo que le vayan a alborotar la voluntad. Imagínese que usted quiera encararse con muchos trapos, pegarlos con lentitud y después arrancarles algún destello. Créamelo, hace mucho tiempo se me turbó el humor y es muy difícil tentear mis bichos encogidos, hablarle a usted de esas hilachas o de esos chamagosos que se abren paso entre herbazales y desatan la lengua al menor insulto. Pura tierra cascaruda, pupilas que se derriban, aguas azonzadas por los vientos.

Sólo le pido que me permita hablarle de acuerdo con mi compás, no me lo rompa, ni tampoco trate de precipitarme las huellas. Para no ir más lejos: yo no sé a qué le llaman orillas, si nunca terminamos de caminar, si cada paso es distinto y cada anochecer nos zarandea con placeres o sinsabores encontrados. Eso es, siempre andamos medio encontrados, en nosotros mismos hay mucha leña prendida y muchos vidrios oscuros. Y luego, para colmo de males, se nos antoja decir que no tenemos nada, que ni siquiera los rebotes del viento nos sirven de recuerdos. Puros embustes, ¿usted cree que las ideas no se pueden desperdiciar? Se lo digo en serio, muchos me verán solo, pero aquí, por esta catarata se me han quedado los viejos vecinos, las miradas ligeras de medianoche y los alumbrones lejanos en las sombras del mar.

En otros tiempos, que ya no sé cómo se miden, no valíamos nada sin la madera, sin los buenos troncos de los pinos, y ahora, créamelo usted, no valemos nada sin la basura, porque esa es nuestra lástima: el río se fue, la planicie se volteó de cabeza y el relucir de las piedras se fue muriendo entre los sótanos.

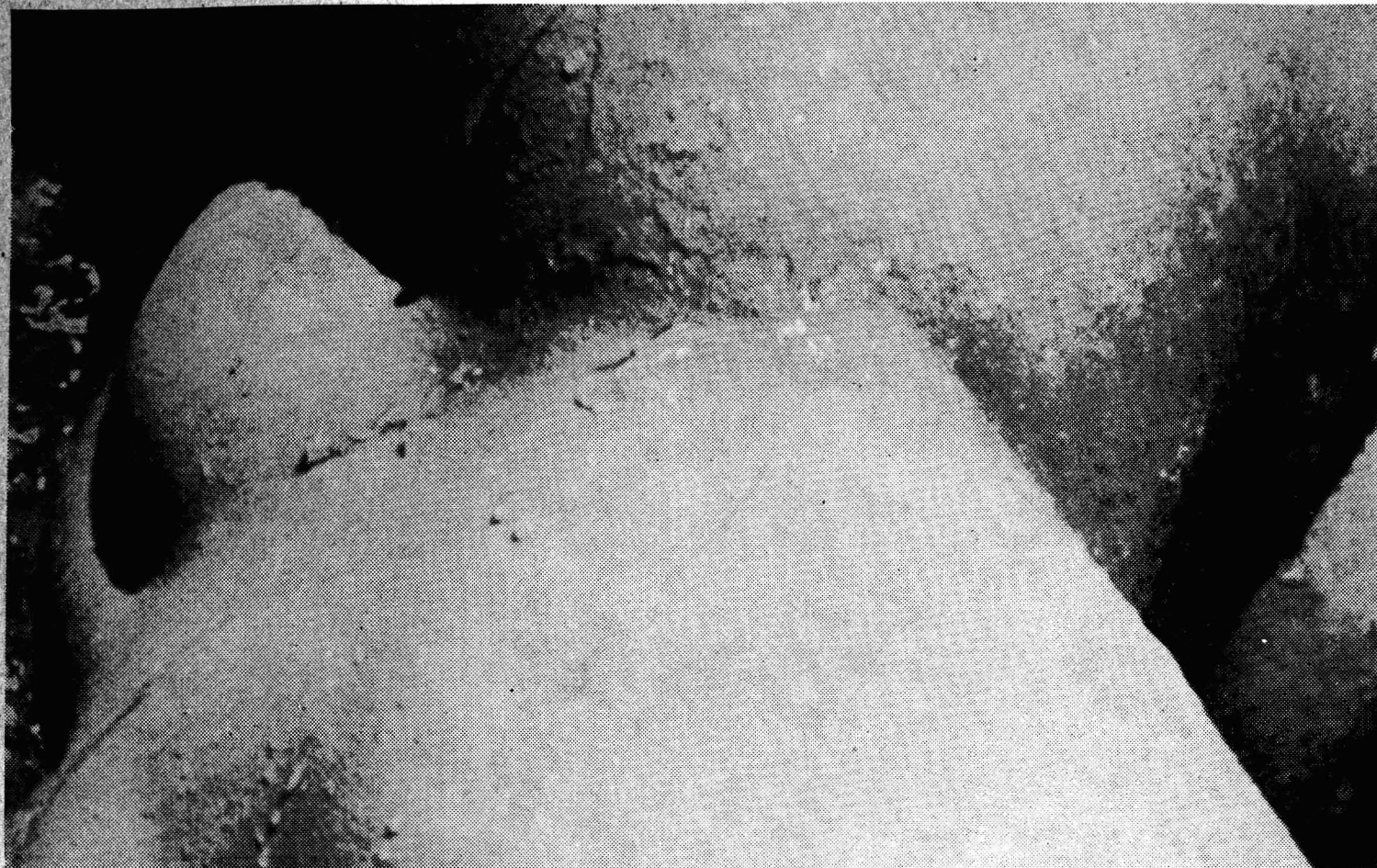
Para no darle muchos rodeos y como usted insiste en que todos estos líos no deben hacerse olvidar, quiero aclararle que la ciudad era un punto blanco, reverberaba muy lejos, como si nadie la pudiese tocar. No había necesidad ni mucho menos urgencias de conocer sus azares. Muchísimas cosas de hoy en día, las que aprendimos cuando tantos montículos caminaron hacia nosotros, no las digerimos, ya que nuestros pensares y sentires no tenían que ver nada con aquellos linderos. Perdone tantas quejas, al fin y al cabo hay años donde se vive una larga estancia de la que nadie se puede desprender. Ahí queda, se nos embarulla, se nos retuerce y no hacemos más que meterle nostalgia o hasta dudar de su existencia.

Creemos remontar nuestros caminos y luego resulta que son los caminos de otros, partidas malogradas y regocijos al aire de tantas amistades y entenados. Del campo abierto pasamos a la guarida, de la voluntad de saber callar al cielo raso de muchos ruidos. Y fíjese bien: nosotros no regresamos de ningún lugar, aquí nos quedamos, aquí las paredes y los golpes de lluvia nos acortaron las distancias, sin reventar nuestro aguante y sin esconder nuestras malicias y aflicciones. Ahora recuerdo cuando Leodegario aseguraba que de día en día el paisaje era sumiso, los mismos silencios, de vez en cuando una catástrofe, un trastorno en los reflejos de la Luna y un socavón donde estaban los pantanos. ¿Usted se puede imaginar que las fatigas del aire se hacían y deshacían en el abandono?

Cuando menos, voy a echar de la piel una pila de agravios y de perjuicios. Y si mis historias van tomando un mal olor, usted debe entender que soy enemigo de los que gustan de los agasajos en la charla. Sé maliciar los alardes y cuando alguien, desde la misma entrada, se gasta sus ínfulas y nos aporrea los descansos, trato siempre de volverme de silencios. Está bien, estúdieme uno por uno de mis vicios, yo pertenezco a esa casta y se lo digo fuerte: ya estoy medio desencuadrado, pero todavía sé abrir los puños y desparramar mis baratijas para no desmerecer ante nadie.

Nosotros fuimos y seguimos siendo trashumantes, sin cambiar de rumbo, alojados en el mismo sitio. Es difícil entenderlo, pero haga de cuenta que a su alrededor le van cambiando las afueras, las raíces y hasta uno por uno de los sacudones del polvo. No preste la menor atención si se me agarota la vista. Estoy juntando alientos y no quiero escapar a todo correr, quiero todavía aspirar de muchos golpes las trifulcas o las babas de este mundo. Vaya usted sumando cada uno de mis pormenores y después tómeles las distancias, para que pueda rematar la faena. No le voy a hacer cálculos de mis pérdidas; esas son lagañas que todos nos quitamos

* De la novela homónima, de próxima aparición



sin querer, aunque nos vuelvan a salir al día siguiente. Todo es cuestión de empezar bien y ojalá usted aprenda muy pronto a desenredarme las apariencias.

Entre el Rosedal y la cordillera, el río baja hacia el oriente, de aguas hondas, mansas, en un cauce que se abre y se cierra entre peñascos o promontorios y, finalmente, paralelo a la llanura, tuerce entre dos montañas y se pierde muy lejos por otros valles y pliegues de la tierra. En el poniente, muchos fragmentos de tapiz boscoso suben y bajan por cerros de múltiples tamaños, se diseminan poco a poco y se van muriendo hacia las cumbres. Sobre los pinares, los muros de neblina se aprietan y luego se desmarañan más allá del límite arbóreo, a lo largo de un sin fin de rocas cubiertas de nieve que luchan por encontrar otras alturas.

—Bien pulida está el hacha, de filo reluciente y mango de cedro. Y estas malditas pesadillas me retuercen los ánimos, me quieren socavar todos los gustos —piensa José Salomé, con los ojos entreabiertos, la boca reseca y el cuerpo hundido en el catre.

Pegadas al fondo de la llanura, muchas nubes esconden la salida del Sol, mientras los trabajadores se acercan al camino ancho, mueven las palas una y otra vez, horadan la tierra y chupan varias tiras de viento frío. Como cortadas a cada golpe, las primeras campanadas se topan con los ruidos de las máquinas, con el estridor de los camiones de volteo y los silbidos que resbalan por los montones de arena y atraviesan las paredes de las chozas. Paulatinamente se levantan trozos de polvo, desalojando el aire limpio y extendiéndose por las laderas del cerro.

—No hay miedo en las carnes y vamos a ponerle hombro al trabajo. Hoy me voy a quitar estos tarascones de viejos huracanes, de bramidos roncacos nacidos de tantos ataderos y tantos reveses de la suerte —se pasa una mano por el pelo negro y abundante, aprieta las ojeras y mueve los dedos de los pies.

Desde la torre de la iglesia, con un campanario maltrecho y boquetes en las paredes de ladrillo, se aprecian todas las chozas del

Rosedal diseminadas en puntos dispares, sin que las puertas o las ventanas se vean frente a frente, como salidas de las protuberancias, inclinaciones o bordes del terreno. Sobre los techos de dos aguas resaltan las tejas parecidas a costras de color gris, rojizo o café, mientras algunas palomas negruzcas van y vienen, ya de la cuenca del barranco, ya de las oscuras repisas del bosque. En el costado derecho de la plazoleta, de frente a la sacristía, unas mujeres de vejez prematura extienden la ropa recién lavada sobre algunas piedras lisas y sacan muecas de fastidio, sin que el amanecer les otorgue una pizca de entusiasmo.

—Hace tiempo no voy a la tala, a sudar con el crujir de los pinos, a verlos caer con topetazos de alegría. Se me van a encabritar estas manos y les voy a sacar nuevos chichones— se retuerce en el catre, estira los brazos, echa un par de bostezos y vuelve a pensar en el hacha al hombro.

La choza de Leodegario y de José Salomé es la última del poniente, muy cerca del río, de la hierba húmeda y del camino que parte al bosque y después se pierde por otros cerros. Además del cementerio, a un lado del camino se encuentran un pedazo de tierra para la siembra de maíz y un arrugado flanco de bordes agudos hechos por la erosión y que se deshacen muy lejos, allá en la planicie, hacia los linderos de la ciudad. Una multitud de seres rapaces se encuentran metidos en el silencio de la arboleda, en sombras encogidas donde parece que nada se mueve, ni los montones de hojas holladas, ni los tallos de las ramas cubiertas de hojas menudas. Ahí termina el Rosedal, ahí donde las sabandijas zumban con sordina, donde los zancudos se entrometen en los rayos del Sol o descansan en algunos troncos sarmentosos y las alimañas dormitan en sosiego.

—Muy de a poco vamos a reventar nuestros placeres y al alabar el bosque iremos a manosear muchos troncos. Olvídate de los olores del mar y de la piel de Genoveva. No vas a caminar ni seco ni mustio, ahora que nadie te tiene con el pie en el cogote— José



Salomé se pone lentamente de pie, se rasca la frente, abre la ventana y después se pasa las manos por el pelo enmarañado.

Entre los chirridos de las máquinas, el constante roncar del viejo Leodegario y las campanadas de extracción antigua, alcanza a ver, más allá de los techos y del establo, los últimos puntos de la llanura, resplandores rojizos y morados que atraviesan las nubes, las dilatan o las hacen como viento color de fuego. A uno y a otro lado del camino ancho aumentan los montones de arena, los rastros de las llantas y el desbarajuste de arbustos y raíces. Los remolinos del polvo continúan su trayectoria, opacando las luces y la tranquilidad de las bestias, ahumando los horizontes y la rala vegetación en el fondo del río.

—Estoy seguro de que allá en el bosque el paisaje no será huracán, no habrá gritos de fieras, ni la luz nos va a castigar los párpados. Lástima de esos ruidos taladrantes; tienen demasiada furia y parece que descansan en la oscuridad para después soltar la ira sobre la tierra en unos cuantos tirones. Y mira a Leodegario, hecho de paja remolida y con unos sudores que de seguro le adormecen todas sus extravagancias— se restriega los ojos, saca un gesto de pereza, toma el hacha del trastero y la empieza a manosear, con las ganas de que no hubiese tiempo ni medida, de gozarla enteramente sobre el tronco de un pino, reventando a cada golpe sus sumideros y sus artimañas.

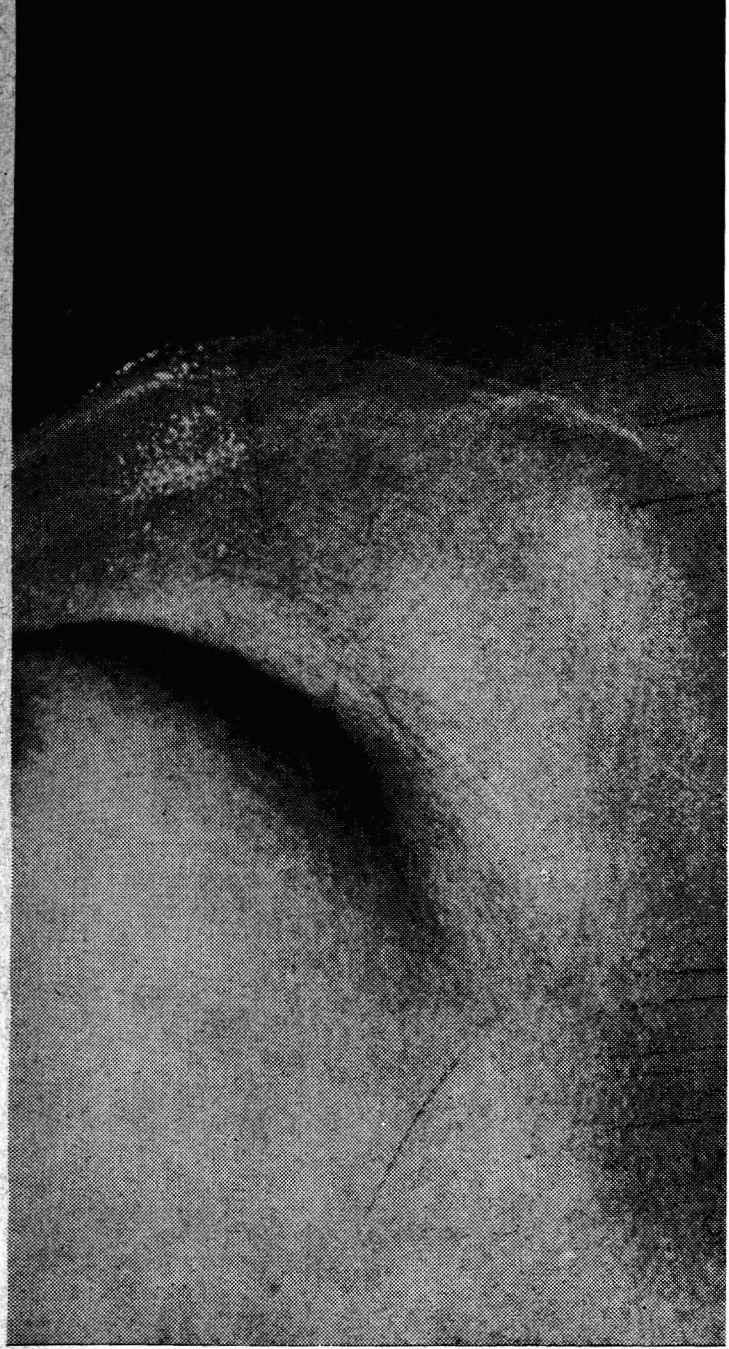
De pronto, Leodegario grita con su voz grave y amarga, acostado en el catre pegado a un rincón, la frente llena de arrugas y el pelo completamente blanco metido en la almohada roída y amarillenta:

—¿Qué pasa con ese alboroto? Cierra la ventana que no quiero estropearme de un solo ventarrón. Tú sabes bien que hace muchos años se me jodieron los espolones— apenas puede abrir los ojos cafés, abultados y hundidos en la ceja rala; su rostro es huesudo, pálido, la nariz puntiaguda, de aspecto cada vez más lúgubre al deslizarse debajo de la frazada y escondiéndose de la luz.

Con parsimonia, José Salomé deja el hacha sobre la mesa de abedul, cierra la ventana y la cubre con unos pedazos de cartón asidos a unos clavos enclenques. Primero echa una media sonrisa y después pone cara de aturdimiento y vuelve a mirar al viejo talador, como si estuviese atado de pies y manos, maldiciente de todo lo vivido, que no quiere oír, ni entender, siempre diciendo que está de sobra en este mundo.

—No se preocupe, que a poco rato el cielo estará limpio de nubes. Y como usted dice, hay que irse despacio para que la mala sangre no nos enchinche las venas. Ya sabe que hoy tengo trabajo para todo el día y le aseguro que traigo tantas ganas, que ningún eco sucio me las va a desbaratar— contesta José Salomé al tomar de una silla de pino una camisa de caqui y un aguamanil descarapelado. En el momento en que abre la puerta, se quiebra la última campanada y el aire frío le enciende la nariz recta y los





pómulos salientes. Leodegario se queda en la penumbra y vuelve a roncar con los oídos tendidos a los chubascos de otros tiempos.

Al fondo, más allá del camino ancho, el sol va despejando los últimos astros, aclarando el perfil de las matas, de los troncos caídos y la maraña de los cactus. Y mientras los grillos solitarios se asilencian, se van descubriendo las nieves de la cordillera, allá donde los vientos se enroscan en plantas achaparradas y las ventiscas se desatan en la rocosidad del terreno, en muros escarpados y oquedades en las hõnduras de los precipicios.

Todavía José Salomé no conocía las arenas del mar cuando Genoveva bajaba al puerto dos veces por semana y a muchos, de la más variada condición, se les deshacían las frases, los ojos y la boca. De figura juncal y espejos en la piel, tenía dones de sobra para enlabiar a cualquiera, ya desde los hombros a las caderas, ya desde los pechos a la redondez succulenta de sus glúteos. He ahí a

una mujer de pies a cabeza donde yo se la pondría a mis anchas, decía algún marinero con desenfado, con la vehemencia de tenerla a tiro. Y ella, conociendo todos sus alcances, seguía moviendo el dorso y simplemente murmuraba: te falta mucho para ser siquiera un macho cabrío y si algún día se te hace la buena entonces sabrás en verdad lo que es comer carne. Miraba de reojo con el brillo de sus pupilas claras, caminaba de frente con mayor soltura, echaba el busto erecto hacia adelante mientras un chiquillo, después de tratar de mirarle más allá del fondo de los muslos, salía corriendo por el empedrado.

Después de ayudar muchas horas a las vendedoras de pescado en unas barracas de la Plaza Principal, Genoveva caminaba hacia la costa y, ya tragado el atardecer al fondo del mar, se contentaba durante mucho tiempo con mirar las luces del faro, recostando todo su cuerpo en la humedad de la arena. Al retorcer su cintura con el roce del agua en sus rodillas, dejaba volar los pensamientos no sólo al mirar los cantiles, sino más allá de los tallos o las hojas de las palmas.

Lentamente abría y cerraba las piernas, extendía los brazos y apretaba los ojos y los puños. Parecía guardar entre sus muslos, las líneas de sus manos o la yema de sus dedos todo el sonido del mar, las olas que moldean la playa y la espuma labrando los peñones.

Muy distante, como de un promontorio de nubes, el pescador perdido en los últimos muros del oleaje parecía descender hacia la playa a chupar los pezones hinchados de Genoveva, a limpiarle con lentitud el lodo de los pies y a tratar de sosegarle las sacudidas del vientre. Con los brazos hacia atrás, subía su falda hasta la cintura, y, al abrir enteramente los muslos, pensaba en aquel hombre, en aquel espectro metido en su piel, en la lujuria exaltada por el viento. Dejaba correr sus tempestades sin rumbo fijo, como una lluvia tras otra cayendo sobre sus sueños y hundiéndose con él, como si el lecho del mar con sus luces acostadas la hicieran renacer y le redondeara los apetitos.

Así corría el tiempo, con la lenta trayectoria de los astros y los peces agujas confundidos con las hierbas en la oscuridad de las aguas, con el movimiento espacioso y continuo de las luces del faro y las manos de Genoveva sobre sus pechos. Sin ataduras, dando libre goce a sus escalofríos, seguía encerrada en sus propios muros completamente humedecida, entresacando una alucinación tras otra, el polvo de alguna nube, los chispazos de las luciérnagas marinas y la brisa por su cintura y sus piernas.

De pronto se ponía de pie, corría un largo trecho hasta perderse como una brasa salida del hueco de un alud. Unos minutos más tarde, con mucha calma, el Sol iba prendiendo lumbres sobre la superficie del mar.

Un día, meses más tarde, en ese mismo momento y sin saber cómo había llegado ahí, José Salomé conoció el mar.